

África: Los hombres sabios

ROBERTO CORREA WILSON

CUANDO LOS navegantes portugueses arribaron a las playas de África en el siglo XV, los pueblos de ese continente al sur del desierto del Sahara habían acumulado vastos conocimientos que se manifestaban en las esferas económicas y sociales.

Los europeos procedentes de una sociedad con mayor evolución económica y social subestimaron la cultura de los nativos, cuya sabiduría provenía de experiencias prácticas transmitidas a través de sucesivas generaciones.

El descubrimiento y el trabajo del hierro se remontaban a una época relativamente lejana, de acuerdo con la versión tradicional. El dominio de ese metal fue esencial para el desarrollo económico y la alimentación en las comunidades.

Los grupos étnicos que habitaban el África Central conocían el hierro y fabricaban instrumentos destinados a la agricultura, lo que influyó en el incremento de las producciones. Para esas etnias cuya actividad fundamental era la agrícola, ese hecho tuvo un notable significado.

Según investigaciones, la entrada de Mozambique en la historia en el África Sudoriental se sitúa con la utilización del hierro y la diversificación de los cultivos, en la etapa en que aparecieron las tribus bantúes.

Los bantúes eran originarios de África Central y se establecieron en Camerún, en el occidente continental. Desde este país realizaron diversas migraciones hacia regiones del este, oeste y sur llegando a Mozambique por el norte.

En la etapa en que Mozambique estableció relaciones comerciales con Asia Menor, la India y el Lejano Oriente a través del océano Índico, ya poseía instrumentos de hierro producidos por los bantúes.

Los herreros forjaban lanzas de diversas formas utilizadas en la caza mayor o de cualquier tipo, para adornar el cetro de los Kani (jefes), con vistas a la ceremonia de matrimonio, otras que solo se utilizaban durante la batalla entre etnias enemigas, hachas, brazaletes e instrumentos musicales.

Los oficios ejercidos por los alfareros, tejedores y otros se generalizaron en todos los conglomerados étnicos. En las artes fueron notables las tallas de madera, en las cuales las figuras alcanzaban un realismo excepcional, además de la confección de aditamentos que servían de adorno a las mujeres y distintas piezas.

LA SALUD

Un papel importante correspondía a los nganga (maestros), quienes se ocupaban de la protección y de la promoción de la salud de la sociedad completa, a quienes la historiografía occidental los calificaba de hechiceros, charlatanes o cuentistas para demeritarlos.

No eran magos sino personas que demostraban grandes conocimientos en los campos de la anatomía, la botánica (plantas medicinales), la geografía, la historia tribal y la psicología social; tampoco eran individuos con poderes sagrados.

Su habilidad se ejercía por lo general en el campo sanitario. La experiencia de la condición humana era amplia y en todos los miembros de la etnia existía confianza en los diagnósticos de esta suerte de galenos.

Uno estaba especializado en la curación de luxaciones, sobre todo práctica. El tratamiento estribaba en romper la pata de un pollo; el retorno de la marcha normal de este entrañaba necesariamente el restablecimiento del enfermo. En ese intervalo recibía masajes e inmovilización de las partes fracturadas.

Otro practicaba la sangría, ya fuera para descongestionar (hacer cesar la acumulación mórbida de sangre en los vasos de un órgano), o bien aliviar a un enfermo de edema agudo del pulmón, de insuficiencia cardiaca, de hipertensión arterial y otras. Para esas prácticas utilizaba ventosas de cuerno.

El maestro que curaba toda clase de enfermedades era una especie de médico general. Los había especializados en la preparación de un agua particular destinada a bañar a los mellizos, quienes se consideraban seres extraordinarios.

Para todos los asuntos se consultaba al maestro: viajes, caza, pesca, matrimonio, esterilidad, fecundidad, causa de enfermedades, de muerte. Existía otra variedad de maestros como los que preparaban brebajes a fin de hacer fecundar, aptas para la reproducción, a las mujeres estériles.

También estaba el maestro destacado por la sabiduría; era un filósofo, es decir, un hombre que conocía todo cuanto se creía saber, bien entendido en los límites de su cultura. Pasaba horas y horas meditando en un lugar retirado y tranquilo, propicio para la reflexión.

La presencia de los portugueses alteró la vida en las comunidades. Al intercambio con las poblaciones costeras, siguió la conquista y casi de inmediato la explotación. Los lusitanos iniciaron el comercio de esclavos.

Miles de hombres y mujeres, fundamentalmente de África Occidental, fueron enviados a América y el Caribe para trabajar en régimen de esclavitud en las plantaciones agrícolas y minas.

Sin embargo, en suelo africano las barbaries esclavista y colonialista no pudieron eliminar las tradiciones y cultura de la población. Menos las enseñanzas de hombres sabios transmitidas de generación en generación. **(PL)**

Paul Krugman: “El euro era una idea romántica”

PHILIPPE COSTE

LA MONEDA única paga hoy sus defectos de nacimiento. Pero Europa no saldrá de la crisis aplicando una política de austeridad uniforme, sino permitiendo un poco de inflación, según Paul Krugman, premio Nobel de Economía.

Su libro *¡Acabad ya con esta crisis! es un alegato contra la austeridad y el dogma de la lucha anti-déficit. Según usted, ¿se ha equivocado Europa de batalla?*

Al principio fue Grecia. Nadie puede negar que Atenas tuviera un problema de disciplina presupuestaria y que le corresponde una gran responsabilidad en sus desgracias. Pero ha cundido el pánico y se ha convertido a ese país en la explicación por defecto de la crisis europea. Encajaba perfectamente con la tendencia natural que tenían los bancos centrales de apretar las tuercas y de echarle la culpa del origen de los problemas de la zona euro al laxismo social y presupuestario.

Reflejaba, además, el dogmatismo de los alemanes, siempre dispuestos a reprocharles a los demás que no sean tan virtuosos como ellos. Es olvidar hasta qué punto el caso de Grecia es único, aislado. Sin embargo, la interpretación de su grave desventura contribuyó a que se hiciese una amalgama que ha justificado el dogma general de la austeridad. Por conformismo, los demás puntos de vista se excluyeron muy de prisa del debate.

¿Acusa, pues, a los alemanes?

Históricamente, su actitud se explica por una fobia de la inflación, que les parece el origen de su tragedia del pasado. Pero da la impresión de que han borrado de su memoria colectiva los sufrimientos causados por las terribles políticas deflacionistas de los años treinta. Su influencia en el Banco Central Europeo se explica, sin duda, por su condición dominante en Europa y también por la intención original de hacer de esa institución un parapeto contra la indisciplina y la inflación [...] Alemania es el acreedor de una Europa que, en efecto, ha conocido un periodo de exuberancia. No obstante, siento curiosidad por saber qué remedios se habrían propuesto si los flujos de capitales hubiesen ido desde España hacia las inmobiliarias alemanas y no a la inversa.

¿Era usted euroescéptico desde un principio?

Sí, pienso que el euro era una idea romántica, un bello símbolo de la unidad política. Pero cuando ustedes perdieron sus monedas nacionales, perdieron también mucha flexibilidad. No es evidente cómo se puede paliar esa falta de margen de maniobra. Hay dos medios en caso de una crisis localizada: la movilidad de la mano de obra, para compensar la pérdida de actividad, y sobre todo la integración fiscal, para compensar la pérdida de ingresos. Desde este punto de vista, Europa era muchos menos adecuada que Estados Unidos para una moneda única. Comparemos Florida y España: la misma burbuja inmobiliaria, el mismo estallido. Pero en Estados Unidos la gente puede ir a buscar trabajo a otro estado menos afectado. Washington mantiene en todas partes las ayudas sociales, el seguro médico, los gastos federales y las garantías bancarias. No es el caso de Europa.

¿Cómo juzga la respuesta europea a la crisis?

Mis palabras contra las políticas de austeridad se dirigen a los países que todavía pueden elegir. Ni España ni Grecia podían zafarse de las exi-



gencias alemanas y correr así el riesgo de que les dejaran sin recursos. Pero, desde mi punto de vista, Francia no está en una situación presupuestaria crítica y no tiene tanta necesidad de una política de austeridad.

Sin embargo, hay que conservar la confianza de los mercados... ¿Cómo se consigue?

La respuesta es monetaria. Pasa por el Banco Central Europeo. Veo por una parte compras masivas de obligaciones españolas e italianas para contener el ascenso de los tipos de

interés; por otra, señales de una política más flexible del BCE, la promesa de no subir los tipos al menor indicio de inflación y el establecimiento de objetivos realistas, una inflación de un 2 % o un 3 % a plazo medio en vez de un 0, o un 1 %, como ahora.

¿Y Grecia?

No veo cómo podría quedarse este país en el euro. Es prácticamente imposible. Pero su salida provocaría una retirada masiva de depósitos de los bancos españoles e italianos, a lo cual el BCE tendría que responder absolutamente con un aporte ilimitado de liquidez. Si no, en dos semanas el Bundesbank tiraría la toalla y sería el final del euro.

¿Cuáles serían las consecuencias de la desaparición de la moneda única?

Imagínese deudas denominadas en una moneda que ya no existe... Pienso que la zona caería en una recesión severa durante un año antes de que los países encontrasen el medio de proseguir sus transacciones y, como en el caso de España e Italia, recobrasen un poco de competitividad. Desde el punto de vista político, sería grave: con el fracaso del mayor proyecto de la historia y el descrédito en que habrían caído los dirigentes implicados en el mantenimiento del antiguo sistema sonaría la hora de las insurrecciones populistas y nacionalistas.

¿Qué soluciones preconiza para los países del sur?

Lo clásico sería una devaluación interna. En principio, la disminución de los salarios permitiría recuperar la competitividad. Pero ningún país, ni siquiera Irlanda y Letonia, han logrado una disminución real de los salarios del sector privado. Además, la deflación aumenta el peso de la deuda privada en euros. Añadamos a esto el riesgo de la huida de capitales y la inestabilidad de los gobiernos encargados de esas medidas, y se llega a un callejón sin salida. Los salarios españoles son hoy un 30 % demasiado altos si se los compara con los alemanes. En vez de bajarlos por la fuerza —lo que es imposible políticamente—, ¿por qué no dejamos que los salarios aumenten más allá del Rin para que mejore la competitividad de España? Esto supondría un relajamiento de la política monetaria y, claro está, más inflación en Alemania.

¿Qué porvenir le ve a la zona euro?

Si el BCE toma medidas acertadas, se podría imaginar una mejora de aquí en tres o cinco años. Pero Europa siempre será frágil. Su moneda es una construcción que cojea y seguirá siéndolo mientras no se cree una garantía bancaria europea. Mientras tanto, el sistema podría sobrevivir más cómodamente si se admitiese, como lubricante, una dosis de inflación más fuerte. Pero no lo olvidemos: Europa, en lo fundamental, no está en declive. Es un continente productivo e innovador. Solo se ha equivocado en su gobernanza y en las instituciones con las que controla la economía. Se puede arreglar por completo. **(L'Express, París)**